

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Antagonismos doctrinarios

Por más que se empeñen los socialistas en ocultar los fines políticos que persiguen en las organizaciones obreras, no lograrán convencernos de su pretendido neutralismo. Los sindicatos ofrecieron siempre a los políticos marxistas un amplio campo para llevar a cabo sus incursiones electorales. Fué el movimiento obrero la base de los partidos social-demócratas, que impulsieron directa o indirectamente su predominio a los pequeños grupos doctrinarios que rechazaban su concepción reformista, y a eso se debe la prevalencia del socialismo en la dirección de las corporaciones proletarias que han extraviado el camino de la lucha de clases.

Tanto en los países donde el socialismo proclama la neutralidad de las organizaciones obreras y sus dirigentes simulan la defensa de la autonomía del sindicato, como en los que el partido social-demócrata controla directamente los actos de los jefes obreros y la orientación del movimiento proletario que responde a su influencia, se puede comprobar la existencia del mismo factor de corrupción reformista y la misma desviación revolucionaria. De nada sirve que el partido mantenga una organización proletaria independiente, si esa independencia no va más allá de las fórmulas estatutarias y de las conveniencias políticas. La dependencia del movimiento obrero a un partido político es completa cuando sus orientadores subordinan el problema social a sus conveniencias partidistas. ¿Y quién es el que renuncia a sus puntos de vista o sacrifica sus convicciones en beneficio de un supuesto interés común?

La organización del trabajo no está sujeta ineludiblemente al factor económico. La conciencia de clase no existe como resultancia de un proceso material independiente del progreso político, cultural y ético de los pueblos. Se comprende, pues, que los grupos doctrinarios sean los que den carácter a la llamada lucha de clases, los que valoricen las acciones instintivas del proletariado y los que vayan creando la conciencia colectiva, la noción del bien, de la justicia y de la libertad.

El socialismo es, en las organizaciones obreras, lo que realmente vale y representa como movimiento político. Los sindicatos orientados por los social-reformistas no pueden realizar acciones que choquen con la concepción reformista del partido que los apadrina. Y por idénticas razones la ideología anarquista alimenta y sostiene un movimiento proletario de oposición al socialismo, plan-

teando de hecho la beligerancia de ideas y los antagonismos doctrinarios en este terreno que muchos quieren mantener neutral en la lucha de las tendencias políticas e ideológicas.

Quienes hablan de neutralidad y proclaman la unión del proletariado como único programa de lucha contra el capitalismo, o bien desconocen

políticos que offician a la vez de líderes del movimiento proletario.

"La Vanguardia", que propicia la neutralidad ideológica y política de los sindicatos y defiende la unidad de clase como medio y como fin de todas las luchas económicas, publicó recientemente, en lugar destacado, unos comentarios de Pablo Iglesias referentes a la necesidad

PREVISION SOCIAL



—Con esta en el cuello ya no tendrás inquietudes; no más huelgas ni protestas, y si llegas a viejo, que todo puede suceder, tendrás una renta.
—De paso ayudo a mantener a otra tanda de pelandrones de comité, ¿verdad?

la historia y el desarrollo de las organizaciones obreras o tratan de engañar a los trabajadores con mentidas promesas revolucionarias. La interpretación política de los problemas económicos es la que prevalece en los sindicatos dirigidos por los social-reformistas. Y el concepto de la unidad de clase queda subordinado al interés partidista de los jefes

de la beligerancia ideológica en el movimiento obrero. El líder de la social-democracia española, defiende la política socialista como vehículo de propaganda en los sindicatos y considera que el socialismo debe reivindicar para sí el derecho a la orientación y dirección de las organizaciones proletarias. Veamos cómo opina el jefe del socialismo español:

"Aunque la unión profesional ha sido impuesta a los proletarios por el desentreno de la codicia de los explotadores, esa unión ha sido más o menos firme, según el conocimiento que de las causas de su explotación han tenido aquellos. "El era solamente la necesidad ciega que les hacía asociarse, su unión u organización difícilmente se mantenía, desapareciendo una y aún muchas veces antes de adquirir solidez. Si a la necesidad acompañaba en algunos de los que iban a unirse una idea clara de los motivos por que dependen los trabajadores de los patronos, entonces la organización se afirmaba desde luego o, cuando peor se daba, después de una leve caída.

"La razón del hecho, es sencilla, y antes de que la expliquemos habrán dado con ella nuestros lectores.

"No pueden proceder del mismo modo un grupo obrero ignorante de las causas que han engendrado, su esclavitud económica y un grupo obrero en el que hay individuos que conocen dichas causas. El uno tiene que cometer forzosamente muchos errores, causando con ellos su desaparición; el otro puede equivocarse, pero bastante menos que aquél, logrando salvar su vida.

"Después de mencionar la existencia de algunas organizaciones obreras de corte reformista, que representan para el partido socialista un buen recurso electoral, Pablo Iglesias dice lo siguiente:

"Además, como la organización no ha invadido a todos los oficios a la vez, y en los países atrasados industrialmente se desarrolla con más lentitud, ha sido preciso el encerrarla y propagarla. Y tal tarea pueden realizarla mal los que no se han percatado debidamente de los antagonismos sociales, mientras puedan hacerla con provecho los obreros que conocen sus efectos.

"Entre esos obreros figuran principalmente los socialistas que por serio se consideran obligados más que nadie a trabajar por el incremento de la organización proletaria y porque esta organización adquiere más vigor cada día y un grado de conciencia más elevado.

"Así los socialistas han hecho y seguirán haciendo propaganda societaria, están al frente de casi todas las entidades que integran la Unión General de Trabajadores y han procurado y continuarán procurando incubar sus ideas en todos los individuos que a ellas pertenecen.

"¿Es esto un mal para la organización profesional obrera? No. Quiénes afirman lo contrario se equivocan.

"La propaganda de los socialistas es más honda y más convincente que la que pueden hacer individuos que no vislumbran la lucha de clases ni el papel parasitario, más marcado cada vez, que desempeñan los que hoy poseen los medios de producción y de cambio.

"La dirección de las sociedades obreras por los socialistas — dirección otorgada a éstos mediante procedimientos democráticos — constituye una garantía para las mismas de que se haga lo por ellas deseado y de que no se meta en disparatadas aventuras.

"Infundir el espíritu socialista en los obreros asociados, no es sólo obra que fortalece su organización, sino que prepara debidamente a aquéllos para realizar la tarea que más interesa a su clase: redimirse de la opresión que le hace sentir el capitalismo.

"Fortar conciencias socialistas es forjar conciencias societarias superiores. No nueren, no desaparecen; antes por el contrario, son las más firmes y vigorosas, las sociedades en que hay alistado un buen número de socialistas.

"Sólo tienen razón fundada para ver esto mal los burgueses. Los proletarios,

El Ideal anarquista animador del movimiento proletario

Muchas veces, en los artículos precedentes, he lamentado que el movimiento obrero de resistencia y de conquista contra el capitalismo carezca de un ideal superior al puro y simple desarrollo del espíritu de solidaridad, que el hecho en sí de la organización presupone.

Hasta los que se jactan de no dar importancia más que a los factores económicos y a los movimientos que se enlazan a la función sindical, con frecuencia invocan fines morales e ideales y sientan la necesidad de idealizar el método de la lucha de que toman el nombre de "sindicalistas", haciendo de él un objetivo a alcanzar, muy confuso e impreciso, pero justamente por eso más propio para responder a las diversas aspiraciones de su ánimo.

Hemos visto ya cuán erróneo es este modo de concebir el sindicalismo fin de sí mismo; pero es preciso reconocer que, dado el deseo de ciertos sindicalistas de distinguirse de los anarquistas y de los socialistas también en las finalidades últimas, — hay en ellos, a pesar de todo, una tendencia espiritualista, egoísta, aunque destinada a agotarse y a desembocarse en el corporativismo y en el egoísmo de categoría.

Hacia el 1910 el escritor Jorge Sorel nos hablaba de la huelga general como de un "mito", como de una cosa que nunca será completamente alcanzable pero hacia la que tiene el alma proletaria. Esta concepción del mito es falsamente idealista, porque está viciada de un doble error: sea porque la huelga general en sí no tiene ningún contenido idealista, es un hecho más negativo que positivo; sea porque también el mito pierde toda influencia y todo significado si se le supone a priori fuera de la realidad, es decir, si no se tiene fe en él como en una cosa realmente posible.

Por consiguiente el "mito" soreliano no tiene valor más que como afirmación puramente objetiva de la necesidad espiritual, innata en el hombre.

El sindicalismo considerado, no como un método de lucha (que puede ser empleado también con propósitos diversos y opuestos), sino como un fin, o se agota en el ámbito del capitalismo y de los intereses materiales inmediatos, o repite, sin agregarles siquiera una idea nueva, las finalidades del socialismo o del anarquismo. — del anarquismo especialmente, cuando se trate del sindicalismo mejor definido con el apelativo revolucionario.

Cuando los sindicalistas dan al movimiento sindical un objetivo futurista, nos hablan de expropiación del capital, de poner los medios de producción a disposición de los productores directos, de revolución antiestatal y de reorganización social por medio de las asociaciones obreras que administrarán la propiedad común o colectiva, etc., nadie podrá negar que estos sean propósitos principalmente

no; se pena de que sean auxiliares de los explotadores.

No sabemos si nuestros social-reformistas aceptan los puntos de vista de pontífice del socialismo español. Pero lo real es que los antagonismos doctrinarios se manifiestan en todos los campos de la actividad humana y son los sindicatos los que ofrecen un escenario más vasto para esta ineludible lucha de principios y de ideas.

Los anarquistas debemos aceptar esa lucha ideológica. Rehúrla significa renunciar a ser, en el movimiento obrero, actores y partícipes de la batalla que diariamente finden los pueblos contra el privilegio, la explotación y la mentira consagradas por la ley y materializadas por la autoridad.

anarquistas, que los anarquistas han afirmado desde mucho antes que surgiere una ideología sindicalista propiamente dicha. Y cuando no son estos los propósitos, entonces los sindicalistas entran en la órbita de las concesiones estatales o autoritarias, y sus visiones de una sociedad futura coinciden exactamente con las de los socialdemócratas o de los comunistas autoritarios.

Indudablemente el movimiento obrero tiene siempre, por sí mismo, por su naturaleza, una tendencia más o menos socialista, — entendiendo aquí la palabra en un sentido muy genérico, — pero esta tendencia permanece en el estado embrionario o superficial, si una minoría consciente no agita en su seno un ideal de porvenir, una esperanza en algo distinta y superior a los puros y simples intereses de categoría o de clase.

Tal ideal, en armonía con la tendencia automática del movimiento obrero, no puede ser sino socialista, ya sea en el sentido autoritario, o bien en el sentido libertario que hoy los anarquistas dan a esa palabra, cuando quieren salir de lo genérico y de lo indeterminado.

Si pasamos a considerar los dos programas, el del socialismo y el del anarquismo, — que responden a las dos concepciones formuladas en el seno de la primera Internacional (1) — a la luz de las tendencias y de las necesidades del movimiento obrero, debemos decir que el más correspondiente a este movimiento, el que más permanece en la vía trazada por él, es el programa anarquista.

Lejos de mí el concepto de que la organización obrera deba proponerse, como acto de fe apriorista, imponer a cada uno de sus adherentes, al fin concreto y preciso que se propone el que llamaremos para entendernos, partido anarquista. Los anarquistas, como tales, teniendo un programa establecido, tienen un propósito de destrucción a priori y, en líneas generales, de reconstrucción social. El movimiento obrero, en cambio, interpretado en el mejor sentido que tuvo en sus orígenes, y que prosigue donde no ha sido muy inclinado al utilitarismo corporativista y reformista, puede muy bien orientarse hacia fines libertarios y socialistas, y hasta llegar a conclusiones de hecho realmente anarquistas; pero posteriormente, vale decir como resultado de su experiencia y actividad, es decir que este propósito no podría ser establecido como un imperativo categórico al principio de su acción, sino que debería resultar más bien la desembocadura natural a que es llevado por su mismo desarrollo. Lo que para nosotros los anarquistas es a priori, para el movimiento obrero es a posteriori.

El hecho en sí de la organización del proletariado en el terreno económico es ya una demostración de ello. La concepción de la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, expresa ya, al menos en gran parte, el concepto de que los trabajadores deben hacer y cuidar por sí mismos sus propios intereses, tanto hoy, que se trata de destruir las razones de la explotación, como mañana, cuando se trate de reorganizar la producción y el consumo sin patrones y sin monopolios. En este sentido, es bastante apropiada la locución empleada a menudo por los sindicalistas, de que la organización obrera tiene a vaciar al Estado de sus funciones, — porque por "funciones" se entiende, naturalmente, las administrativas, servicios públicos, etc., y no las funciones políticas y gubernativas, que son eliminadas completamente y no confiadas a los sindicatos o a algún otro cuerpo social.

Organizarse independientemente del Estado es ya un acto contra el Estado; bien entendido esto los primeros políti-

cantes burgueses, que en plena revolución francesa pedían que se prohibiesen y castigasen las coaliciones obreras; porque les desconfiaban como a asociaciones, que venían a constituir un Estado dentro del Estado.

La asociación obrera sindical ignora el Estado, en cuanto se mueve por sí misma fuera de la órbita estatal; y si busca fuera de sí un fin, éste no colima nunca perfectamente con el del partido alguno y está siempre en antagonismo con los intereses del Estado, que es el representante político de la clase capitalista, contra la cual la clase obrera combate por medio de sus organizaciones. Es, pues, interés del proletariado, como clase, combatir todos los organismos de violencia y de fraude de la sociedad capitalista, y en este sentido la clase trabajadora tiene los mismos enemigos que los anarquistas y llega como conclusión práctica a la misma negación de que parten los anarquistas.

En la vida política, para que la organización obrera pueda conservar una relativa neutralidad en medio de los partidos avanzados que dividen la masa trabajadora, es necesario que la organización misma como tal se desinterese de los fines políticos específicos inmediatos de los diversos partidos y particularmente de sus rivalidades en la caza a los poderes públicos. Y bien, el único partido que no resulta dañado por esta neutralidad es el partido anarquista, — entendida aquí la palabra partido en el sentido genérico del conjunto de individuos concordes en determinadas ideas y métodos — que más bien resulta indirectamente favorecido en su propaganda.

En efecto, en el caso especial de la política parlamentaria, los anarquistas, de acuerdo con todos los partidarios sinceros de la organización sindical, piensan que esta no debe ser eleccionista ni abstencionista; esto es, que debe, como organización, ignorar el movimiento electoral de los partidos políticos, dejando que sus componentes obren individualmente según sus propias opiniones, independientemente de la organización misma.

Pero entretanto, esto tiene un doble resultado, que viene a reforzar la propaganda abstencionista de los anarquistas. Por un lado la organización, no participando en las elecciones, realiza ya un acto negativo, que es acto de abstención política parlamentaria y obren excluyendo de sus movimientos de clase, los aparta realmente de los cuidados y preocupaciones electorales y por tanto los hace más aptos para comprender nuestra propaganda antiparlamentaria.

Por otro lado el hecho de que los obreros en la organización de resistencia puedan hacer de por sí, sin la intromisión de la política parlamentaria y obren excluyendo de sus movimientos de clase, los aparta realmente de los cuidados y preocupaciones electorales y por tanto los hace más aptos para comprender nuestra propaganda antiparlamentaria.

Por esto, antes de la revolución por lo menos, es imposible, siempre que se tenga presente que la organización debe recoger a todos los obreros adelantados, precisamente porque es imposible que todos los obreros organizados se vuelvan anarquistas. Y por otra parte, si esto fuese posible, no sería ya el caso de organizarse para la simple resistencia, sino más bien para hacer la revolución y organizar la anarquía.

Nosotros sabemos que antes de la revolución sólo una minoría es susceptible de ser conquistada por ideas; la mayoría prefiere, en el caso menos malo, adaptarse al ambiente, y sólo se adaptará a un nuevo orden de cosas cuando una revolución haya creado — en virtud del espíritu de iniciativa de las minorías ya formadas y evolucionadas — un nuevo ambiente.

Hasta ese día, pues, es necesario que las minorías no sobrepasen la órbita de su cometido particular. No hay que coartar la libertad de los demás, aunque sea con buen fin, sino sólo influir sobre ellos con la propaganda y el ejemplo, para ganar nuevas conciencias, para predisponer psicológicamente a las mayorías a los eventuales acontecimientos revolucionarios.

Para esto no hay necesidad de dar a las organizaciones un nombre y una bandera que puedan contradecir la conciencia de muchos o de pocos; basta obrar en su seno según las propias ideas, a pesar de todo y de todos, resistiendo a la gestión de los intereses particulares, haciendo en todas las ocasiones propias propaganda anarquista, pero siempre dejando a los obreros organizados libres de obrar a su gusto y según sus tendencias, no oponiendo a éstas, donde no coincidasen con nuestro modo de ver, más que nuestra libre crítica y el ejemplo de nuestra actividad individual.

Los anarquistas son factores de la autonomía individual en el seno de la organización, y de la autonomía de los agrupamientos locales en el seno de las federaciones y confederaciones sindicales, también por esto: porque en el respeto a las opiniones y a la libre iniciativa sea

garantida la libertad de propaganda en la palabra y el ejemplo. Esto basta al cumplimiento de una función de propulsión idealista anarquista, que por lo demás es también posible para los hombres de todas las otras ideas sociales y políticas. Sólo que a los otros no les basta esto, ya que todos los otros partidos se proponen fines de dominio material y político; y es a estos fines que los anarquistas deben oponerse con todas sus fuerzas.

Por consiguiente, los anarquistas tienen menos interés que todos en conquistar en la organización puestos de confianza, cargos, etc., de los cuales serviría para hacer prevalecer su modo de ver y su táctica. No es una incoherencia que uno de los suyos acepte estos puestos, llamados por la estima y la voluntad de los organizados; pero, en interés de sus ideas, mejor sería que los anarquistas evitasen esto lo más posible, para mejor quedar dueños de sí mismos y desempeñar sin responsabilidad y sin frenos toda su función — la función de una levadura continua de rebelión y de conciencia entre la masa organizada.

Sucede alguna vez que los anarquistas, llamados por la confianza de los organizados a desempeñar cargos ejecutivos, crean ser útiles a sus ideas forzando el tono general de la organización y dándole una apariencia revolucionaria contrastante con la realidad. Es un error que antes o después se paga con amargas desilusiones. Aún en ese caso, los anarquistas deben ejercer su influencia individualmente, sin empeñar a la organización y sin dejarse arrastrar por ella a actos contrarios a sus ideas.

Y cuando esto no es posible, mejor es renunciar honestamente al cargo recibido que quedar en la alternativa, igualmente dañosa, de dar a la organización un carácter en contraste con el espíritu dominante entre los asociados, o plegarse a transacciones con su conciencia de anarquistas.

Se evitará así el equívoco, con tanta frecuencia observable, de organizaciones que, para el público, gozan de una orientación anarquista, y que luego, en los momentos culminantes, (cuando los intereses y las voluntades contrarias de los asociados, predominan sobre las intenciones de los hombres representativos, expositivos de los órganos, ejecutivos y administrativos), desmenten la fama ostentada y obran de modo diametralmente opuesto a las concepciones y a la táctica del anarquismo.

Con mucha frecuencia se ha tenido ocasión de constatar cómo óptimos elementos anarquistas y revolucionarios que tenían una influencia extraordinaria entre la masa cuando eran simples militantes en las filas de la organización, la perdían poco a poco, después de llamados a cubrir cargos (estipendiados o no), hasta bajar en vez de subir el tono revolucionario de la organización misma.

Para tener despierto el espíritu ideal y aventurista en el seno del movimiento proletario es necesario, pues, contar esencialmente sobre la fuerza de las ideas y el espíritu de iniciativa y de sacrificio personal. Decir siempre la propia opinión y obrar siempre en conformidad con ella — propaganda de ideas y propaganda del hecho — está aquí todo el secreto para la solución del problema que nos preocupa. Competir con los otros en actividad, estar en el primer puesto en todos los lugares donde haya que afrontar responsabilidades individuales o colectivas, saber ir contra la corriente donde sea necesario, y hasta renunciar a algún éxito aparente y momentáneo, no preocuparse demasiado por el número, aún procurando convencer a la mayor cantidad de gente que sea posible: estas me parecen tareas específicas de los anarquistas.

Si todos los anarquistas tuviesen la constancia de contenerse así por algún tiempo, en su participación personal activa en el movimiento obrero, antes de lo que se cree, este espíritu animador de tal espíritu de rebeldía y de independencia frente al Estado y a los partidos autoritarios, vale decir de libertad y de revolución, que haría que la revolución social fuese, cada vez más posible y siempre más cercana a las soluciones por nosotros auspiciadas.

De este modo el ideal anarquista podría convertirse, sin ser un apriorismo impuesto con sello oficial, en el alma del movimiento proletario y su íntima guía espiritual y moral a lo largo del camino que debe conducir a la humanidad a un porvenir luminoso de justicia social, en el que todos los hombres sean libres en la solidaridad y solidarios, en el ejercicio de la más completa libertad.

Solidaridad y libertad, normas de vida de una sociedad futura que deba nacer de la revolución social, son también las condiciones indispensables de la lucha cotidiana para alcanzar y para preparar una revolución que no acabe, como todas las pasadas, substituyendo una tiranía a otra. Por el espíritu de una y otra a la vez, armonizándose e integrándose recíprocamente, debe estar animada la organización de clase del proletariado, si quiere ser y hacerse cada vez más, no una simple agencia de negocios para la venta al mejor precio de la mercancía

Antimilitarismo y Revolución

Si el socialismo, no mata la guerra la guerra matará el socialismo.

Gordon Hosking.

Hemos ya inculcado bastante tiempo a la burguesía y hecho responsable a la clase dominante del carácter de la sociedad moderna. Ciertamente no fué un digno sujeto social: se hizo indigna y despreciable, porque vivió arbitraria e irresponsablemente y explotó y oprimió las grandes masas; como simples objetos, sin compasión, para amontonar riquezas y más riquezas, con la guerra.

Finalmente no pudo soportarse más. El pueblo de la Europa central y oriental se hizo rebelde, se sublevó, y en el oriente la clase dominante fué derrocada.

Pero ahora reaparecen en Rusia, en Ucrania y en Siberia los viejos capitalistas con nuevas figuras. Y el Estado vuelve a ser poderoso y el ejército crece enormemente.

¿Por qué? Porque el proletariado no se muestra capaz de cumplir sus deberes; convertirse en un sujeto social verdadero, dominar la naturaleza, la sociedad y a sí mismo, y ordenar racionalmente la vida.

En Alemania, donde cayeron en 1918 los tronos y los capitalistas trepidaron un momento, colaboran constantemente los socialdemócratas y los demócratas burgueses, y sostienen el viejo sistema dentro de nuevas formas.

¿Por qué? Porque el proletariado no fué capaz de renovar la sociedad por sí mismo.

Todo pueblo tiene el gobierno que merece, y hay que pedir cuentas al pueblo que soporta todo eso.

Un pueblo libre no tiene gobierno alguno; cuando derribará el moderno proletariado, que hasta ahora es sólo un animal de carga, a sus amos, cuando levantará la cabeza y no se dejará forzar y dirigir más y cuando se convertirá en hombre?

Éste es el gran problema de la revolución. Pues revolución no sólo es cosa negativa, trastorno, destrucción, sino positiva, renovación, nivelación. La revolución en los cerebros, como lo ha confesado también Marx precede a la revolución en la sociedad. Nuevas ideas, nuevos conceptos, nueva voluntad, una convicción humana profunda son los factores, sujetos que hacen posible una nueva sociedad. Los factores objetivos — el viejo terreno y los nuevos medios de producción — los hay en abundancia. Ya antes de la guerra mundial era perfectamente posible desde el punto de vista técnico, transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Pero el hombre que tenía que realizar esa transformación no existía. La incapacidad técnica y moral del proletariado impuso el dominio de las viejas clases imperantes. Y éstas dominan y gobiernan hoy sin responsabilidad alguna.

trabajo, sino un instrumento de redención y de liberación de toda la humanidad.

(1) Anarquismo y Socialismo eran sinónimos o casi antes de 1880, al menos en las naciones latinas; y el primero estaba contenido en el segundo. Fue sólo mucho más tarde que, acuntándose las diferencias en la doctrina y en la práctica, los anarquistas han renunciado a llamarse socialistas, sin renunciar por eso a lo que de substancial, en las ideas, tenían ellos de socialistas.

Antimilitarismo y Revolución

Si el socialismo, no mata la guerra la guerra matará el socialismo.

Gordon Hosking.

Hemos ya inculcado bastante tiempo a la burguesía y hecho responsable a la clase dominante del carácter de la sociedad moderna. Ciertamente no fué un digno sujeto social: se hizo indigna y despreciable, porque vivió arbitraria e irresponsablemente y explotó y oprimió las grandes masas; como simples objetos, sin compasión, para amontonar riquezas y más riquezas, con la guerra.

Finalmente no pudo soportarse más. El pueblo de la Europa central y oriental se hizo rebelde, se sublevó, y en el oriente la clase dominante fué derrocada.

Pero ahora reaparecen en Rusia, en Ucrania y en Siberia los viejos capitalistas con nuevas figuras. Y el Estado vuelve a ser poderoso y el ejército crece enormemente.

¿Por qué? Porque el proletariado no se muestra capaz de cumplir sus deberes; convertirse en un sujeto social verdadero, dominar la naturaleza, la sociedad y a sí mismo, y ordenar racionalmente la vida.

En Alemania, donde cayeron en 1918 los tronos y los capitalistas trepidaron un momento, colaboran constantemente los socialdemócratas y los demócratas burgueses, y sostienen el viejo sistema dentro de nuevas formas.

¿Por qué? Porque el proletariado no fué capaz de renovar la sociedad por sí mismo.

Todo pueblo tiene el gobierno que merece, y hay que pedir cuentas al pueblo que soporta todo eso.

Un pueblo libre no tiene gobierno alguno; cuando derribará el moderno proletariado, que hasta ahora es sólo un animal de carga, a sus amos, cuando levantará la cabeza y no se dejará forzar y dirigir más y cuando se convertirá en hombre?

Éste es el gran problema de la revolución. Pues revolución no sólo es cosa negativa, trastorno, destrucción, sino positiva, renovación, nivelación. La revolución en los cerebros, como lo ha confesado también Marx precede a la revolución en la sociedad. Nuevas ideas, nuevos conceptos, nueva voluntad, una convicción humana profunda son los factores, sujetos que hacen posible una nueva sociedad. Los factores objetivos — el viejo terreno y los nuevos medios de producción — los hay en abundancia. Ya antes de la guerra mundial era perfectamente posible desde el punto de vista técnico, transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Pero el hombre que tenía que realizar esa transformación no existía. La incapacidad técnica y moral del proletariado impuso el dominio de las viejas clases imperantes. Y éstas dominan y gobiernan hoy sin responsabilidad alguna.

Yo no acuso. Constato. Quiero aún más que constatar. Quiero despertar en el proletariado un nuevo aprecio de sí y una nueva energía.

Para eso debe ser hecho ante todo responsable. Esta época apela como nunca al proletariado. Si no se levanta, si no consigue libertarse decisivamente del absurdo de la dominación burguesa, degenerará y sucumbirá con la burguesía.

El poder de la clase dominante no es exterior sino interior. Se funda en el "respeto", la "fe", la "sumisión". El poder de las clases dominantes se basa en la impotencia que impuso la burguesía al proletariado, en el militarismo pasivo, con que ha sabido animar las masas. Pues, el militarismo tiene dos caras, por una parte es activo, querrelador, desconsiderado, dominador, por otra pasivo, sumiso, obediente, paciente. El pueblo está animado por un espíritu de ciega, de esclava servilidad.

Esa servilidad es producida por la iglesia, por la fábrica, por el cuartel, por la escuela, por la prensa, por la oficina, por la prisión, por el cinematógrafo, por el partido. Ciertamente hay cien mil disculpas. Pero con ellas no se liberta el pueblo. El pueblo sólo puede ser libertado por sí mismo. El proletariado debe ser su propio Mesías.

No se trata de la "posesión" de las fábricas, solamente. Se trata de ocupar los talleres y de dominarlos. El socialismo es en primera línea un problema de dominación racional y libre de la producción de mercancías para la satisfacción de la vida social humanizada. Ésta es cosa de un orden interno y externo nuevo. Se trata de una sinfonía de libertad solidaria.

Para eso el socialismo sólo puede ser anárquico. Donde existe la dominación no puedes dominar la camaradería. Allí se desarrollan siempre nuevas formas de opresión y de explotación. El tirano vive de los esclavos. Donde los sacerdotes, los jefes, los dictadores, hablan todavía *pro vobis omnibus* (por todos vosotros) y donde los ministros, los burocratas, y los oficiales deciden, de vosotros, sin vosotros, y sobre vosotros, — donde se exige un paz y en guerra, disciplina de cadáveres — allí no vive el socialismo; allí, muere hasta su mismo germen. Donde los intereses de grupo se antaponen a los intereses generales, — donde se tienen en cuenta la propia nación y los intereses de los demás son subordinados desconsideradamente a los propios, — allí no se desarrolla ninguna Internacional que liberte la tierra de la guerra de razas, de clases y de Estados.

Se conoce el fin por los medios. Sea cualquiera que sea el fin, que sea el objetivo verdadero es condicionado absolutamente por los medios. Los medios

de la burguesía son los de Maquiavelo y de Loyola. Los medios de la socialdemocracia son los de Maquiavelo y de Loyola. Los medios de la socialdemocracia son burgueses.

El ejército de los bolcheviques es, cuando la revolución rusa estaba aún bajo las soluciones socialistas libertarias, anárquico-sindicalistas. Pero, — no dice Alejandra Kolontay — fué militarizado poco a poco: "especialistas" supervivientes del pasado, ligados indisolublemente por su esencia entra con el viejo sistema burgues, penetraron en el ejército rojo e introdujeron allí la subordinación, las distinciones, los rangos, la obediencia, la clava, la arbitrariedad de los superiores. Y del ejército salió todo eso a la vida social preparada para recibirlo por la dictadura y por la tiranía del Comité Ejecutivo del partido.

El servicio mecánico, en el ejército rojo, en la fábrica era burgues y preburgues de carácter. Fue impuesto por las amenazas y los castigos desde afuera, en la sponia, en el pueblo un buen, o al menos no mal, ejemplo.

La vieja disciplina, es exterior. La nueva disciplina, es interna; el espontáneo obrero voluntario, en pro de un objetivo colectivamente querido, donde cada uno trabaja según su capacidad, y su fuerza todo lo posible. Esta no es una disciplina sin fines. Pero esos fines, no son, autoritarios, dadas a quienes se debe obedecer como tales. Son sólo guías, en tanto que en un determinado aspecto están extraordinariamente rígidamente dotados, y como tales son reconocidos por sus camaradas voluntariamente. *Intimidation* al *obediencia* sin fin.

Una disciplina libre semejante sólo puede hacerse posible en la lucha revolucionaria contra el Estado, la burocracia y la militarización "contra" los superiores, oficiales y sacerdotes; contra una Internacional de los ministros u otros cualquiera que caractericen Napoleón, Trotsky, y Maquiavelo y Radeck. En este concepto la razón Pleurore Kamus cuando habla de carácter *obediencia* emancipador del antimilitarismo revolucionario, para combatir con él a los socialdemócratas.

La revolución proletaria rusa ha estado llovido moral y prácticamente. Desde el punto de vista burgués la transformación tiene un gran valor, desde el punto de vista proletario significa un fracaso, pero motiva la autorrevisión y fuerza a la continuación de la lucha.

Los jefes rusos se hicieron en poco tiempo, vulgares políticos oportunistas, muy hábiles en su oficio; pero, por eso mismo, tanto más peligrosos. Se entregaron más y más ahora al nacionalismo, y se sabe que se levanta poderosamente, utilizándolo para ello la tercera Internacional.

El antimilitarismo es un deber absoluto para los proletarios.

de la burguesía son los de Maquiavelo y de Loyola. Los medios de la socialdemocracia son los de Maquiavelo y de Loyola. Los medios de la socialdemocracia son burgueses.

El Estado de los bolchevistas es una institución burguesa revolucionariamente simulada que se realiza por los medios burgueses y preburgueses, feudales y prefeudales.

El ejército de los bolcheviques es, cuando la revolución rusa estaba aún bajo las soluciones socialistas libertarias, anárquico-sindicalistas. Pero, — no dice Alejandra Kolontay — fué militarizado poco a poco: "especialistas" supervivientes del pasado, ligados indisolublemente por su esencia entra con el viejo sistema burgues, penetraron en el ejército rojo e introdujeron allí la subordinación, las distinciones, los rangos, la obediencia, la clava, la arbitrariedad de los superiores. Y del ejército salió todo eso a la vida social preparada para recibirlo por la dictadura y por la tiranía del Comité Ejecutivo del partido.

El servicio mecánico, en el ejército rojo, en la fábrica era burgues y preburgues de carácter. Fue impuesto por las amenazas y los castigos desde afuera, en la sponia, en el pueblo un buen, o al menos no mal, ejemplo.

La vieja disciplina, es exterior. La nueva disciplina, es interna; el espontáneo obrero voluntario, en pro de un objetivo colectivamente querido, donde cada uno trabaja según su capacidad, y su fuerza todo lo posible. Esta no es una disciplina sin fines. Pero esos fines, no son, autoritarios, dadas a quienes se debe obedecer como tales. Son sólo guías, en tanto que en un determinado aspecto están extraordinariamente rígidamente dotados, y como tales son reconocidos por sus camaradas voluntariamente. *Intimidation* al *obediencia* sin fin.

Una disciplina libre semejante sólo puede hacerse posible en la lucha revolucionaria contra el Estado, la burocracia y la militarización "contra" los superiores, oficiales y sacerdotes; contra una Internacional de los ministros u otros cualquiera que caractericen Napoleón, Trotsky, y Maquiavelo y Radeck. En este concepto la razón Pleurore Kamus cuando habla de carácter *obediencia* emancipador del antimilitarismo revolucionario, para combatir con él a los socialdemócratas.

La revolución proletaria rusa ha estado llovido moral y prácticamente. Desde el punto de vista burgués la transformación tiene un gran valor, desde el punto de vista proletario significa un fracaso, pero motiva la autorrevisión y fuerza a la continuación de la lucha.

Los jefes rusos se hicieron en poco tiempo, vulgares políticos oportunistas, muy hábiles en su oficio; pero, por eso mismo, tanto más peligrosos. Se entregaron más y más ahora al nacionalismo, y se sabe que se levanta poderosamente, utilizándolo para ello la tercera Internacional.

El antimilitarismo es un deber absoluto para los proletarios.

El antimilitarismo es un deber absoluto para los proletarios.

El antimilitarismo es un deber absoluto para los proletarios.

El antimilitarismo es un deber absoluto para los proletarios.



efecto, el cortijo del valle de Livermore era el tercero donde el jefe de la familia había fracasado para ganar su pensión...

Y también, Jack, sentía hervir en sus jóvenes venas el instinto nómada, la única herencia que debía resultarle.

Comenzaba apenas su undécimo año, cuando, apasionado por la lectura, había aprendido a leer, solo — abandonó a los suyos y partió para Oakland, atraído por la biblioteca pública, como las abejas que abandonan, por las flores del valle...

Exceso cerebral, cierto, pero también sin duda, sufrimientos, privaciones, miseria fisiológica, pues el "chiquillo", parangarse la vida estaba constreñido a vender periódicos en la calle. De once a diez y seis años realizó así, para poder instruirse, los más infimos y penosos oficios.

"Trabajo manual y escuela... Escuela y trabajo manual... tal fue mi vida en la infancia", resume con melancólico orgullo.

Saturado de lectura y de vida sedentaria, súbitamente atacado por instintos heredados de nomadismo, vuelve a sus correrías, se afilia a una banda de merodeadores cuya especialidad consistía en robar ostreras. Fue lo que yo llamaré su período de "Continuación Individual" o mejor la aurora del odio contra el capital que sus miserias de la infancia habían impreso vigorosamente en su alma de adolescente.

Aunque breve, este período de su existencia fue bien empleado; pues el mismo confiesa con conmovedora ingenuidad: "Si la ferocidad del código burgués hubiese podido alcanzarme en todos mis actos de pifertería, hubiera recogido quinientos años de prisión."

Fatigado de afrontar el revólver de polibias y guardiánes y seducido por el infinito misterio del mar, Jack London se embarca como marinero en un schooner y se afilia hacia el Japón y el mar de Bering a cazar focas y pescar salmones.

Después de siete meses de correrías a través de los mares glaciales, retorna a California donde continúa su vida vagabunda adoptando los oficios más rudos; alternativamente mozo de cordel, pañuelero y obrero en una fábrica de vitre donde trabaja desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche.

En esa época vuelve a sentir la nostalgia del país natal, parte para Oakland donde se redactaba el School, un magazine semanal.

Para el escribido narraciones que no solamente participaban de la imaginación, sino que en el fondo se relacionaban con su experiencia acerca del mar y sus correrías de vagabundo.

Mal remunerado, e hizo, para economizar de hambre, añadir a sus funciones de redactor la de portero de la casa. Pero, escribe, me destrozada salud me obligaba a solicitar licencias, siendo el esfuerzo más grande de lo que yo podía soportar."

En ese momento que la rebelión contra el capitalismo opresor, que desde hacía tiempo resonaba en su alma de victima, estalló y arrojó su primer acto revolucionario. En un país donde, más que en otros, el Oro es Dios y el Mercader...

—No. —Pues vete al infierno, a casa de tu sacristán... Y mañana búscate otra calle.

Y con gran enojo, pero también con mucho orgullo, Bontsi empujó su carrito y partió a toda velocidad sobre las cuatro ruedas...

Pero en la calle siguiente oyó de pronto detrás de sí pasos ligeros y suaves. Se dio vuelta y se encontró con la "muda" en persona.

—Je-je — se rió ella, amable y un poco avergonzada...

Y el que viajaba por aquella calle podía ver que Bontsi viajaba reposadamente, empujando despacio con las palancas, fuera de su costumbre; y al lado de su carrito iba una mujer picada de viruelas y tuerta. A cada momento Bontsi la miraba y una extraña expresión de dulzura se derramaba de su ancha boca, ensanchada a fuerza de pedir limosnas...

Los que pasaban aquella tarde por la calle angosta que conduce fuera de la ciudad, veían a Bontsi cerca del quiosco convidando a la mujer picada de viruelas con un vaso de soda y un pastel.

Ella bebía, reía y se ahogaba de contento, y Bontsi, desde su carrito, con la cabeza erguida, la preguntaba con respeto: —¿Y qué tal? ¿Está bien, eh? ¿Es buena el agua?

Desde entonces, se agregó al sucio carrito de Bontsi un banquillo de madera... Como antes, Bontsi está sentado en la esquina de "su" calle, y al lado suyo una mujer muda y picada de viruelas.

Bontsi murmuró su vieja canción: —Tened piedad... de un pobre infeliz... sin piernas... Tened compasión... Y la "muda" lo acompañaba, ayudándole como una verdadera compañera.

—U-u-be-mete-mete.

S. SCHNUR

noble acción. Siempre tomaba de otros, y ahora, por primera vez en su vida, era él quien daba. ¿Y cuánto? Todo un millón.

—Pero acaso no se lo había quitado antes?... Si, mas había quitado lo "suyo". Con la palanca izquierda empujó Bontsi su carrito y se aproximó a un lado, cerca de la mujer:

—Eh, de dónde eres tú, muda? —Be-be... De Schnipschok — contestó ella avergonzándose de su propia voz...

—De Schnipschok? ¿De veras? ¿Tienes a alguien allí? —Je-je... A nadie.

Bontsi se puso pálido: —Mira; ¿un marido tampoco? —Tampoco; todavía soy novia, je-je... —¿De veras? ¿Y donde pernoctas?

—Je-je, en casa del sacristán de la sinagoga. Pago allí cuatro "kopeks" por noche.

Por un instante se contemplaron con curiosidad. Oscurecía ya. Caminaba la gente, pasaban los coches y nadie se fijó en ellos.

Bontsi no se sentía del todo bien. Un poco confuso, daba vueltas con las sucias palancas...

—A fe mía... — dijo de pronto y se calló.

La "muda" dirigió sobre él su ojo ciego.

—A fe mía — insistió Bontsi con un esfuerzo evidente. — A fe mía, ven a mi casa. Mi madre, a fe mía, no te cobrará nada.

—Yo no quiero — repuso la "muda" apartándose a un lado y ocultando las limosnas en el seno.

Bontsi se puso furioso. "Es ella la que no quiere!" Y cogiendo firmemente en ambas manos las palancas, dispuesto a partir a cada instante, volvió a preguntar:

—¿No quieres? ¿No?

Un gran escritor anglo-sajón de tendencias libertarias: JACK LONDON

SU VIDA-SU OBRA

Quisiera presentar hoy a los lectores un escritor anglo-sajón cuya obra, poderosa y numerosa, aún demasiado poco conocida en Francia, aparece enteramente impregnada de fuertes tendencias socialistas, bajo las cuales se acusa el temperamento de un libertario. Es cierto que el ideal comunista tal como lo conciben los anarquistas no asustó jamás a Jack; es, en efecto, del gran novelista californiano, de que se trata.

Nómada y vagabundo yo mismo, desde hace mucho tiempo rebelado contra mi clase y por ella boicoteado, había sido seducido por su obra, y también por su vida, que es, al mismo tiempo que un tipo perfecto de nomadismo, el ejemplo más sorprendente del esfuerzo colosal, casi sobrehumano, necesario al escritor independiente y enemigo de las leyes para imponerse a la atención de nuestra sociedad capitalista y burguesa.

Ante los documentos reunidos para este estudio bio-bibliográfico, he admirado y deseaba hacer admirar por mis lectores, la tenacidad de este hombre que — muerto a los cuarenta años — y habiendo consumido en la lucha la parte más grande de sus fuerzas vivas, ha encontrado el medio de dejar la obra cuya amplitud, yo diría el genio, evoca la de nuestro gran Balzac, abatido también por el mal a los cincuenta y dos años.

En una noticia que su editor de Londres ha colocado al fin del libro titulado The House of Pride (La casa del orgullo), Jack London mismo ha resumido, con precisión elocuente, su existencia y la vez laboriosa, aventurera y atormentada.

Nació el 12 de enero de 1876 en Oakland, en el estado de California. Su padre, John London era un pobre cortijero de "Ranch" y conoció la infancia más dolorosa, más solitaria que sea posible imaginar.

El nos la ha contado esta infancia, ocupada en vigilar las abejas, captar los enjambres perdidos, a través del tranquilo, triste y monótono valle de Liver-

hambriento, transido de frío, no pudo soportarlo más y obsequió a la "muda" con unos palos en las piernas...

—¡Ay! ¡ay! — exclamó ella impensadamente, pero se contuvo al instante, recordando que carecía del habla, y se puso a dar voces en su lenguaje mudo:

—U-u-u... —¿Cómo? — exclamó Bontsi abriendo desmesuradamente los ojos. — "Ay, ay"? ¿Eh?... ¿Conque, muda? ¡Ja, ja!... ¿Oyen ustedes? — se dirigió victorioso a los presentes. — Ella habla, sabe hablar, la ladrona, ¿oyen ustedes? ¿Eh, mete, mete? — volvió a dirigirse a la "muda". — ¡A ver grita un poco!

Y diciendo esto le pegaba con todas sus fuerzas con sus pesadas palancas.

La "muda" se apretó contra la pared, y gritaba con voz ahogada "¡ay!", como una verdadera muda. Pero su ojo ciego giraba con gran miedo y odio sobre Bontsi y sus palos.

Por fin, no pudo soportar más y se puso a sollozar como una que sabe hablar: ¡Ay, ay, las piernas! Me desmayo, ¡sorro!

—¿Oyen ustedes? Eso dijo Bontsi al grupo que se había formado alrededor de ellos. Y al mismo tiempo descubría, ufano, sus piernas lisiadas. — A ver, que se juzgue quien tiene razón. — Parecía que estaba irritado; no por lo que la muda pudiera haberle perjudicado, sino porque en general se comían semejantes estafas.

De pronto se acordó: —¡Trae el dinero, ladrona, el dinero! El montón de limosnas lo tenía la muda en la mano, guardado en algo muerto. Bontsi se lo quitó bruscamente y se apartó con su carrito, preparándose a luchar hasta la muerte con sus palos.

Pero la muda no se movió de su sitio. No hacía más que apretarse con más fuerza contra la pared. Y así quedó sentada, llorando y prestando atención, como un niño, a sus propios sollozos.

Enardecido, como después de una dura lucha, Bontsi fuese a su casa, trabajando con las palancas en ambos lados. Su corazón no podía calmarse. ¡Cometer semejante injusticia con él, un lisiado falto de piernas! ¿Acaso ella no podía ir a trabajar? Que espere, mañana él ha de mostrarle todavía...

Mas, a medida que se alejaba de la esquina, se iba apaciguando poco a poco. Repentinamente se sintió afligido por haber maltratado a la mujer. ¡Al diablo! ¡Si por lo menos hubiese sido un hombre! Acordóse cómo ella se apretaba contra la pared y lloraba, ni le contestaba ni se defendía, y Bontsi se puso triste y comenzó a mover con más lentitud las palancas.

Vió de pronto ante sí el húmedo sótano donde él vivía, a su anciana madre que le quitaba todo el dinero, y a la gibosa, su querida hermanita, que no hacía nada, fuera de comer, y Bontsi se alteró bruscamente por el hecho de que él debía trabajar para ellas tanto en verano como en invierno; ¡que el diablo se lleve a la gibosa!

Acudió a su mente la idea de que todos los hombres que caminan por las calles tienen esposas, buenas mujeres, cariñosas, que... hum... cuidan de ellos y les ayudan en sus negocios. Sí, y él, Bontsi, sabe Dios cuando podrá tenerla. ¿Y cuál será el fin? ¡Uno, después de todo, es hombre!

Y de pronto, sin querer, Bontsi tocó en su bolsillo el dinero que arrebatará a la "muda" y un sentimiento de piedad surgió en él hacia la mujer picada de viruelas a quien acababa de ofender.

—¡Ah, muñeca muda! — se decía Bontsi con dolor — ¡ah, muñeca muda!

Y al mismo tiempo dobló el carrito y se puso a marchar impetuosamente hacia "su" esquina.

La mujer estaba aún allí en la misma postura, las piernas detrás de sí, la cabeza agachada.

Al divisar el carrito se espantó y quiso huir. Pero Bontsi la tranquilizó en seguida.

—Tú, espera, no te haré nada.

Y Bontsi se acercó, dejó un palo y alcanzó a la "muda" su montoncillo de monedas.

La muda lo miró con desconfianza, primero con el ojo ciego, luego con el sano, y sólo después tomó el dinero.

Bontsi sintió que había realizado una

samente en las manos. Y la gente está enojada, sombría, y bien abrigada; su bolsillo y su corazón permanecen ocultos bajo una gruesa coraza de vestidos. Y entre cien personas una se apiada de Bontsi, siente pereza de quitarse los guantes y meterse la mano en el bolsillo.

Al anochecer, el bolsillo de Bontsi es bastante liviano aún. No cuenta, porque se acuerda bien de las monedas que recibiera. Malhumorado, Bontsi se queda sentado en la esquina y atraviesa el aire frío con su canción desesperada.

Un día, a principios de primavera, Bontsi se retiró más de dos horas en llegar a su esquina. Su costumbre era venir a las ocho de la mañana, y vino a las diez.

Habiéndose acercado Bontsi, notó con gran dolor que en su esquina estaba sentada una mujer envuelta en harapos, quien, tendiendo la mano, mendigaba en su lenguaje mudo:

—U-u-be-mete-mete.

Bontsi se puso furioso. Los pordioseros son también solidarios. Tienen sus reglamentos. Cada mendigo tiene su esquina, y he ahí que, de pronto, sale esa arrojosa. ¿Habráse visto?

—¡Muñeca muda! — exclamó Bontsi, precipitándose con su carrito sobre la mujer y golpeándola con uno de sus palos.

—¡Vete de aquí! Este sitio lo ocupo yo... yo, yo... Y Bontsi se golpeaba el pecho con el palo.

—U-u-mete-mete — chillaba la muda mirando a Bontsi. Bontsi vió delante de sí un ser picado de viruelas, con un solo ojo sano y gris. El otro estaba ciego. Y esos ojos extraños miraban a Bontsi con un odio tan expresivo, que no parecía un ser mudo.

Bontsi sintió repentinamente respeto por esa mirada semiciega, se apartó a un lado, mohino, y empezó a mendigar con su acostumbrado acento:

—Tened piedad de un infeliz, sin piernas. Tened compasión.

—U-u-be-mete-mete — musitó su rival, extendiendo las manos hacia adelante.

Todo el día Bontsi estuvo fuera de sí. Todas las limosnas eran para ella. El, Bontsi, era bien conocido ya por los transeúntes, había cansado a la gente con su canción y su carrito. La muda, en cambio, era una novedad, un efecto nuevo, y por eso todas las monedas afluían a sus manos.

Y durante todo el día, Bontsi no cesaba de rodar con su carrito de un lado para otro, persiguiendo ya a una ya a otra persona, y, sin embargo, no recolectó más de cinco "kopeks"... Contemplaba, todo excitado, cómo la muda no dejaba de recibir monedas, y a cada limosna que le daban, Bontsi la amenazaba desde lejos con uno de sus palos, lo cual significaba que él, Bontsi, le rompería la cabeza si no se iba de allí.

Pero a la "muda" se le importaba un comino; prolongaba su peticitorio lentamente, irónicamente, como si hiciera pasar un susurro sobre la piel de Bontsi:

—U-u-be-mete-mete...

Y al día siguiente ocurrió lo mismo. Bontsi veía evidentemente que la tuerta picada de viruelas lo perjudicaba. ¿Donde se habrá visto semejante cosa? ¿Acaso quería ella que él, Bontsi, renunciara a sus prerrogativas y se buscara otra esquina? Pues ya le demostraría su error.



Por su vida, que le va a romper la cabeza, sí, romperle la cabeza... Y al tercer día, al anochecer, Bontsi,

ción de muerte. El trabajador ejecute sólo aquello que puede humanizar la vida de la humanidad.

La moderna técnica de guerra se ha convertido principalmente en una cosa de la fábrica y del laboratorio. Allí queremos combatir. El ejemplo de los obreros italianos, alemanes, holandeses y españoles, que rehusaron directa o indirectamente el trabajo para la guerra, no puede ser una excepción, sino la regla para todos los casos.

El proletariado debe realizar esto. Puede prevenir la guerra durante la paz. Es misión de la Internacional sindicalista elaborar una táctica que haga efectiva en este sentido la lucha revolucionaria.

Tal lucha no será fácil. Pero despertará la dignidad de los trabajadores, fortalecerá su energía personal y apresurará el proceso social de transformación y de superación. Refinará la conciencia humana, ennoblecerá la vida y armonizará los medios y los fines.

Así queremos el verdadero "frente único" de camaradas que luchan unánimes por el socialismo libertario. Nuestra lucha contra el militarismo es sólo el reverso de la lucha por la dominación consciente del proceso entero de la producción y por el libre desenvolvimiento de la vida cultural.

Trabajadores: ¡A la lucha contra la gran prostitución del cerebro y de la mano!

B. de Ligt. — Presidente del Bureau antimilitarista internacional. La Haya — Holanda. —

Justamente por eso ha rechazado la gran mayoría del congreso obrero canadiense de Vancouver la proposición de los adversarios de la guerra de hacer imposible ésta por la huelga general, etc.

VI

El proletariado internacional debe reconocer esto. Es necesaria una propaganda sin descanso, amplia y profunda, nacional e internacional, para abrir los ojos a la clase trabajadora. Sólo hay una salida: la del socialismo anárquico. Y ésta no sólo exige la transformación de la sociedad capitalista, sino en primera línea una elevación moral de los trabajadores. Una amarga experiencia nos ha demostrado que en la lucha de ideas entre Marx y Bakunin, fué Bakunin el que tuvo razón. Las concepciones de los sindicalistas revolucionarios y de los social-anarquistas solo pueden ser guías positivos aún para una nueva práctica social.

La lucha por el antimilitarismo y la libertad debe ser realizada del modo más violento. No sólo es necesaria una propaganda teórica y práctica para la negativa individual y de masas ante el servicio militar, para la deserción, para la huelga general, etc., a fin de prevenir la guerra en el sentido de las resoluciones de la primera Internacional en 1866 — se debe iniciar una grandiosa propaganda — como la iniciada ya por Albert Libertad en Francia, por Nettlau en Inglaterra, por Roeker en Alemania, por nosotros en Holanda — en pro de la producción responsable: huelga absoluta para toda produc-

ción de guerra. Los pordioseros son también solidarios. Tienen sus reglamentos. Cada mendigo tiene su esquina, y he ahí que, de pronto, sale esa arrojosa. ¿Habráse visto?

—¡Muñeca muda! — exclamó Bontsi, precipitándose con su carrito sobre la mujer y golpeándola con uno de sus palos.

—¡Vete de aquí! Este sitio lo ocupo yo... yo, yo... Y Bontsi se golpeaba el pecho con el palo.

—U-u-mete-mete — chillaba la muda mirando a Bontsi. Bontsi vió delante de sí un ser picado de viruelas, con un solo ojo sano y gris. El otro estaba ciego. Y esos ojos extraños miraban a Bontsi con un odio tan expresivo, que no parecía un ser mudo.

Bontsi sintió repentinamente respeto por esa mirada semiciega, se apartó a un lado, mohino, y empezó a mendigar con su acostumbrado acento:

—Tened piedad de un infeliz, sin piernas. Tened compasión.

—U-u-be-mete-mete — musitó su rival, extendiendo las manos hacia adelante.

LA PAREJA

Centenares de transeúntes pasaban sin mirarle siquiera. Uno entre ellos le miraba, sí, pero dábale vuelta en seguida. Y sólo uno entre dos o trescientos ponía la mano en el bolsillo buscando algo allí.

Bontsi poseía un ojo experto. Reconocía por el movimiento si le daban algo, y cuánto. Y en ese caso, perseguía en su carrito al candidato: — Un infeliz sin piernas, tened piedad.

Y corriendo, lisiado y amarrado al carrito miserable, empujando a ambos lados rápidamente, apresuradamente con sus palancas, bramando su "tened piedad" con su boca deforme y sucia, se volvía horrible, perdía los últimos rasgos humanos que aún le quedarán, y entonces parecía más bien un gran murciélago-codrido de la época del diluvio en persecución de su presa.

—Tened piedad — bramaba ese ente, y se deslizaba serpenteando entre la gente.

Y recibiendo la moneda volvía Bontsi a su esquina, y su boca abierta seguía implorando por costumbre, por inercia.

En verano, cuando el aire es tibio y la gente lleva vestidos ligeros y la mano está más cerca del bolsillo, los "negocios" no marchan mal. Al atardecer siente Bontsi con gran regocijo que el bolsillo se le va poniendo pesado, y entonces saca los cobres y los cuenta en voz baja, pasándolos de una mano a otra:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Y si alguien pasa en ese instante, no puede contenerse y exclama su "tened piedad".

—Siete, ocho, nueve, diez. Un pobre infeliz lisiado. Quince, veinte, veinticinco. Tened piedad.

El retorno al hogar después de un día como ese, es bien alegre. En la calle angosta tiene Bontsi un quiosco conocido. Allí se detiene y se reconforta con un vaso de soda y un pastel.

Eso ocurre en verano. En invierno las cosas son bien distintas.

El día es corto, en la calle hace frío. Las piernas lisiadas se hielan en el carrito. Las palancas se mueven difícil-

mente. Vivian entre tres en el sótano de la casa: él, Bontsi, su anciana madre y su hermana, Tsirke la gibosa, que estaba siempre sentada en el mismo sitio, amarilla como la cera, y respirando con gran dificultad.

El que alimentaba a esa familia era Bontsi, gracias al hecho de no tener piernas.

Cuando uno no tiene piernas, ¿qué hace? Compra un carrito a cuatro ruedas y recorre la ciudad mendigando. Eso fue lo que hizo Bontsi. Para ponerse en marcha no necesita la ayuda de nadie. El mismo construyó unas palancas con clavos debajo y con mahijas arriba, y sentándose con sus piernas deformes en el carrito bajo y sucio, seataba fuertemente y partía por las aceras sinuosas, empujando con los palos en ambos lados del carrito.

Trotzky, un tiempo internacionalista y antimilitarista, propaga ahora un nuevo patriotismo local: los Estados Unidos de Europa, con un presupuesto común de reparaciones y de guerra, es decir una federación de Estados bajo la dirección bolchevista-socialdemocrática, un gigantesco capitalismo de Estado, que será dominado desde Moscú. Radeck espuela en una convivencia de Rusia con Turquía y Japón. Magnífica el nacionalista alemán Schláger y coquetea con el chauvinismo más rabioso de la derecha a fin de conquistar a sus adeptos para su "política de izquierda".

Su loca impaciencia renuncia a despartar la revolución y cree poder imponerla a los pueblos de Europa. Se olvida que esos métodos matan justamente la revolución que quieren avivar. Vaillant Courtrier condena la deserción y la negación a prestar el servicio militar y magnífica, como todos los jefes comunistas de Francia, a todos los que sirven en el ejército, pues según su opinión la disciplina del ejército es la mejor preparación para la disciplina revolucionaria.

Buckarin, que hace mucho que habla ya con preferencia del "militarismo proletario" nos participa ahora que en el caso de que Rusia, asociada a un gobierno burgués, sea comprometida en una guerra, es deber de los revolucionarios del mundo entero apoyar la coalición ruso-burguesa. Ya se han introducido en Rusia, como antes en Francia, los tres años de servicio militar obligatorio; existe allí un ejército organizado a la manera burguesa, ¡mecanizado! — se rebaja febrilmente en las flotas de guerra aéreas y navales... Anteriormente en oposición al nacionalismo de la segunda Internacional, se revelan ahora los bolchevistas como nacionalistas socialdemócratas y como políticos de la vieja cepa y han madurado ya aproximadamente para la Liga de las naciones.

La vieja concepción es comprobada: quien dice Estado dice ejército, dice guerra, dice división de la humanidad en dominadores y en dominados, en patriotas y enemigos. El bolchevismo sigue al fin por el mismo camino que la socialdemocracia, maldecida y perseguida por él. Mientras Buckarin dice que el marxismo ortodoxo de Kautsky ha capitulado en los más importantes problemas teóricos ante el revisionismo de Bernstein, nosotros debemos decir que el marxismo revolucionario de Lenin y Trotzky ha capitulado en los problemas prácticos más importantes ante el marxismo ortodoxo de Kautsky. Y lo que Buckarin dice de Kautsky, etc., debemos repetirlo nosotros de Buckarin, etc. ¡Esas gentes sostienen en su desvergüenza que ahora no necesitan ya máscara alguna!

La capitulación del bolchevismo ante el nacionalismo significa esencialmente lo mismo que la capitulación de Brailsford y otros miembros del Independent Labour Party inglés ante la guerra. En el último congreso del Labour Party inglés declaró Henderson que todas las probabilidades del partido de ganar la mayoría del país para sí y de gobernar la nación, se perderían si se desaprovechan las circunstancias actuales para colaborar en una buena defensa nacional. Brockway, Wellock y otros camaradas ingleses combatieron esa interpretación y se declararon en favor del antimilitarismo internacional, pero fueron atacados fuertemente: un especial por Brailsford, que dijo que la "defensa socialista" debía ser lo mejor posible. Fenner Brockway, Wellock tienen moralmente razón. Pero políticamente lo tiene Brailsford, lo mismo que Trotzky y Radeck. El que quiere abolir la guerra debe abolir el Estado. Por eso los internacionalistas antimilitaristas del Independent Labour Party deben continuar avanzando y reconocer que el "antimilitarismo" es por naturaleza anticapitalista y antiestatista; y que tiene por fin la anarquía comunista (Pierre Ramus), o deben, como los ex-antimilitaristas internacionalistas Brailsford y Trotzky, promover la guerra contra la guerra.

Por eso precisamente no pueden ser verdaderos antimilitaristas los socialdemócratas holandeses, que se preparan a una coalición gubernativa con los católicos-romanos y sabotear constantemente la lucha antimilitarista consecuente.

tilismo su Profeta, osó lanzar sus primeras declaraciones socialistas.

Apresado, encarcelado por un discurso pronunciado en la calle, conoció a contar de ese día todas las persecuciones por las cuales las sociedades capitalistas, pertenecían al mundo nuevo o al antiguo, ensayan ahogar la ruvelta del espíritu y de la conciencia.

Expulsado de la revista School, Jack London no se descorazona y hace frente valientemente a la tempestad. Sigue cursos de la Universidad de California, realizando solo y por sí mismo en tres meses lo que otro hubiese realizado en tres años: "Me disgustaba, dice, abandonar la esperanza de una educación universitaria y planchaba camisas en una casa del ramo para subvenir a mis necesidades intelectuales..."

"¿Quién, pues, hubiera podido resistir el esfuerzo cumplido por este asombroso autodidacta cuya miseria había comprometido la salud?"

"Por más que me mantenía firme, añado tristemente, para conducir de frente el trabajo de mi cerebro y el de mis manos, a menudo caía rendido de sueño, la pluma en la mano..."

Entonces, abandonó la casa de planchado e intentó vivir del oficio de escritor.

Pero pesando más que nunca sobre él la precoz reputación de revolucionario, continuó muriéndose de hambre.

Notad que en esa época, no se había contentado con militar en Oakland, su ciudad natal, y en California; sino que impulsado por sus instintos nómadas se había ido a través de Estados Unidos y Canadá sembrando el buen grano revolucionario y cosechando semanas y meses de prisión.

No calculaba ya las ergástulas americanas de cuyas había sufrido los horrores.

Os asombráis, después de lo dicho, que magister la originalidad de su talento que ya se anunciaba tan poderoso, los editores, de alma profundamente burguesa, lo mantuviesen en cuarentena y rechazasen sistemáticamente su colaboración? Uno de ellos, especie de bruto, antiguo boxeador, no satisfecho con devolverle el manuscrito lo expulsó a puñetazos.

Fué entonces que, el cuerpo deprimido por esta vida de sufrimientos, el alma rebelada por la ferocidad del ostracismo que le hería, cesó de escribir y partió para el Klondike en busca de oro. Fué para él la salud.

"En el Klondike, escribe, encontré conmigo mismo. Allí nadie habla, todo el mundo piensa; el gran silencio blanco rodea al hombre y es cuando se puede obtener el verdadero conocimiento de sí mismo. Es lo que hice..."

Permaneció allí un año, arastrando la vida dura, áspera pero sana de los mineros, estudiando las costumbres de los buscadores de oro, la de los perros de Alaska, sus auxiliares más preciosos, y acumulando, con observación inteligente, incansable y minuciosa, los elementos de sus libros más hermosos.

Pero he aquí que se enferma del terrible escorbuto, endémico en esas zonas glaciales, donde la alimentación vegetal es casi imposible, ulcerando sus encías, desarticulando sus dientes, atormentándolo con fiebres continuas, a cuya acción hubiese sucumbido si no hubiera abandonado ese terrible y misterioso país, sin embargo el único donde conoció un poco de dicha.

Con profunda pena lo abandonó, y como su padre acababa de morir no aguardó al paquete para retornar a California; con dos amigos, arriesgose sobre una lancha sin cubierta que — nos dice — recorrió mil novecientos millas en 19 días.

Vuelto al país natal, empuñó otra vez la pluma decidido a vencer la mala voluntad de los editores.

Escribió primero "Down the River" (A lo largo del río) que nadie quiso aceptar.

Estos múltiples rechazos no lo descorazonaron.

"Los esperaba, dice, y esperándolos escribía una serie de veinte mil palabras, sin que se me aceptara ninguna..." A pesar de ello, continuó escribiendo, luchando contra el boicot implacable con la energía de la desesperación. En fin, logró que lo aceptasen un cuento en un magazine californiano, reanunciado con cinco dólares. Poco después, la revista "The Black

Cal" (El gato negro), le pagó otro cuento cuarenta dólares.

Su talento de rebelde había vencido el ostracismo burgués. Y con mezcla de tristeza y de alegría escribe: "En fin, no estaba más obligado, para vivir, a recoger carbón", y añade con intrépida serenidad: "¡Oh! Hubiese sido capaz de hacerlo si todavía lo necesitase!"

Sorprendidos ellos mismos más que él por el enorme éxito de sus primeras obras que consistían sobre todo en narraciones, cuentos y novelas, los editores, que días antes todavía, le fueran más hostiles apresuráronse a solicitarle colaboraciones. Es entonces que Jack London inicia sus verdaderos "debuts" literarios.

"Hubiera podido desde ese momento, nos dice, colaborar mucho en los diarios; pero tenía bastante buen sentido y dolorosa experiencia, para no convertirme en esclavo de esa máquina matoradora de hombres que es el periodismo. Pues así jugaba yo a un diario para un joven principiante..."

Y traza en pocas líneas su retrato intelectual y moral: "Creo en el trabajo regular y no espero nada de la inspiración. Por temperamento no solamente soy negligente e irregular sino melancólico. Y sin embargo, gracias a mi esfuerzo renovado, he vencido estas enojosas tendencias. Mis largos años de miseria y de lucha contra el capitalismo feroz, la disciplina severa que he soportado como minero tuvo vigoroso efecto sobre mí. Quizá mi ruda vida de marino sea la verdadera causa de mi débil necesidad de dormir. Cinco horas y media es el término medio que necesito y ninguna circunstancia ha sobrepuesto aun en mi vida que pudiese mantenerme despierto cuando la hora del reposo había sonado..." Aunque educado al principio en la ciudad, gusto más estar cerca de ella que en ella. La vida en el campo es la mejor y la más natural... en mis años de formación los autores que han influido sobre mí son: Carlos Marx y Spencer..." Pero se desprecia de su obra que el pensamiento filosófico de Jack London había, en el curso de su vida errante y dolorosa, evolucionado más allá del cuadro un poco estrecho que el autor de El Capital ha trazado a la doctrina revolucionaria.

A partir de su primer gran éxito hasta su muerte, Jack London no cesó de producir regularmente y con asombrosa fecundidad. Ha dejado cincuenta y dos volúmenes. De ahí que su obra aparezca desigual, y al lado de verdaderas obras maestras, se codicen libros mediocres de fondo, que desluen el conjunto y que serían indignos de llevar la firma del maestro, si su estilo inimitable no los realizase un poco.

Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, sólo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriendo, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el Dolor Universal, como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la Felicidad Universal. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes.

Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin, otras evocan el alma generosa, ardiente y clarividente a la vez de los Reclus, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya son la encarnación.

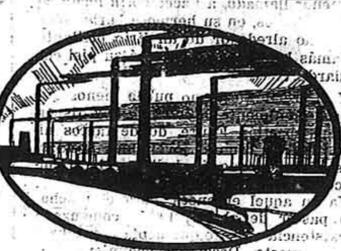
P. VIGNE D'OCTON.

Cal" (El gato negro), le pagó otro cuento cuarenta dólares. Su talento de rebelde había vencido el ostracismo burgués. Y con mezcla de tristeza y de alegría escribe: "En fin, no estaba más obligado, para vivir, a recoger carbón", y añade con intrépida serenidad: "¡Oh! Hubiese sido capaz de hacerlo si todavía lo necesitase!" Sorprendidos ellos mismos más que él por el enorme éxito de sus primeras obras que consistían sobre todo en narraciones, cuentos y novelas, los editores, que días antes todavía, le fueran más hostiles apresuráronse a solicitarle colaboraciones. Es entonces que Jack London inicia sus verdaderos "debuts" literarios. "Hubiera podido desde ese momento, nos dice, colaborar mucho en los diarios; pero tenía bastante buen sentido y dolorosa experiencia, para no convertirme en esclavo de esa máquina matoradora de hombres que es el periodismo. Pues así jugaba yo a un diario para un joven principiante..." Y traza en pocas líneas su retrato intelectual y moral: "Creo en el trabajo regular y no espero nada de la inspiración. Por temperamento no solamente soy negligente e irregular sino melancólico. Y sin embargo, gracias a mi esfuerzo renovado, he vencido estas enojosas tendencias. Mis largos años de miseria y de lucha contra el capitalismo feroz, la disciplina severa que he soportado como minero tuvo vigoroso efecto sobre mí. Quizá mi ruda vida de marino sea la verdadera causa de mi débil necesidad de dormir. Cinco horas y media es el término medio que necesito y ninguna circunstancia ha sobrepuesto aun en mi vida que pudiese mantenerme despierto cuando la hora del reposo había sonado..." Aunque educado al principio en la ciudad, gusto más estar cerca de ella que en ella. La vida en el campo es la mejor y la más natural... en mis años de formación los autores que han influido sobre mí son: Carlos Marx y Spencer..." Pero se desprecia de su obra que el pensamiento filosófico de Jack London había, en el curso de su vida errante y dolorosa, evolucionado más allá del cuadro un poco estrecho que el autor de El Capital ha trazado a la doctrina revolucionaria. A partir de su primer gran éxito hasta su muerte, Jack London no cesó de producir regularmente y con asombrosa fecundidad. Ha dejado cincuenta y dos volúmenes. De ahí que su obra aparezca desigual, y al lado de verdaderas obras maestras, se codicen libros mediocres de fondo, que desluen el conjunto y que serían indignos de llevar la firma del maestro, si su estilo inimitable no los realizase un poco. Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, sólo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriendo, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el Dolor Universal, como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la Felicidad Universal. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes. Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin, otras evocan el alma generosa, ardiente y clarividente a la vez de los Reclus, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya son la encarnación. P. VIGNE D'OCTON.

Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, sólo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriendo, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el Dolor Universal, como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la Felicidad Universal. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes. Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin, otras evocan el alma generosa, ardiente y clarividente a la vez de los Reclus, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya son la encarnación. P. VIGNE D'OCTON.

Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, sólo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriendo, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el Dolor Universal, como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la Felicidad Universal. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes. Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin, otras evocan el alma generosa, ardiente y clarividente a la vez de los Reclus, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya son la encarnación. P. VIGNE D'OCTON.

Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, sólo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriendo, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el Dolor Universal, como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la Felicidad Universal. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes. Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin, otras evocan el alma generosa, ardiente y clarividente a la vez de los Reclus, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya son la encarnación. P. VIGNE D'OCTON.



NIETZSCHE Y EL ANARQUISMO

"Yo quiero vivir la vida!... ¡A toda costa! En los placeres más refinados, en las más voluptuosas delicias. Si para alcanzar mis fines tuviese que aplastar a esta humanidad débil e imbécil, qué desprecio; si tuviera que sumergirla entre mares de sangre y montañas de cadáveres, no vacilaría un instante. ¿Qué vale la vida de algunos millones de miserables ante mi bienestar?" Así se expide un jovencito nerovizante en una revista individualista. ¿Cuántos desahogos literarios de este género hemos leído y continuaremos leyendo en los periódicos que se dicen anarquistas! La culpa ¿es de Nietzsche?

Un poco suya, pero sobre todo es de la fácil sugestionabilidad de sus inmaduros lectores, que no saben distinguir lo que es impulso lírico y lo que es pensamiento filosófico. El lenguaje lleno de imágenes del poeta-filósofo nos impresiona y los conquista; y esto porque son incapaces de desnudar el pensamiento para examinarlo críticamente.

Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir. Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologeta en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Annunzio, que saludó en el profesor alemán: "El Bárbaro enorme — que levanta de nuevo a los dioses serenos — de la Helade sobre las amplias puertas — del porvenir."

Lunes, 18 de Febrero de 1924

las razas inferiores, las subyugaron y las hicieron esclavas. Un tropel de fieras rubias, una raza de conquistadores y dominadores bélicamente organizada, fundó el Estado. Aquel entusiasmo con que se daba principio a un Estado mediante un tratado, tuvo término. El que está en condiciones de mandar, el que es dominador por naturaleza, el que ejecuta sus obras con la fuerza ¿debe acaso ocuparse de los tratados?" (Degeneración).

El hombre que concebía el superhombre como una fiera, era el mismo que admiraba y amaba a Mazzini. Narra Halevy que, en 1871, Nietzsche y Mazzini se encontraron juntos, en la diligencia, sobre el camino del San Gotardo. El viejo humanitario y el joven esclavista se entredieron. Mazzini citó una frase de Goethe: "Nada de transacciones: integridad, plenitud, belleza, vivir resueltamente."

Y Nietzsche recordaba con emoción al hombre que la había pronunciado, y le agradaba que le hablasen del apóstol. En 1877, en Sorrento, se hacía contar por un amigo los gestos de Mazzini y decía: "el hombre que más venero es Mazzini". Pero no exaltó a Bonaparte y a Borgia?

Para Nietzsche el superhombre no es solamente la fiera rubia. Es también el héroe que no busca la felicidad, sino el dolor que ennoblecce. Zarathustra llamaba a sus discípulos al combate, pero también al mejoramiento de sí mismos. El inmoralista escribe: "Al buen guerrero le suena mejor el "tú debes" que el "yo quiero". En la cima de la vida crece el frío. El hombre debe esforzarse en la lucha por el dominio pero no por las ventajas materiales del dominio, sino en cuanto esta lucha lo lleva a dominarse, a superarse."

Si Nietzsche exalta al delincuente, en la "bestia rubia de la humanidad", es por que ve en él dotes de energía que faltan al hombre llorado normal. Augusto Strindberg, el poeta y dramaturgo sueco, escribía a Nietzsche: "Y sin embargo me parece que, con toda su franqueza, usted ha adulado un poco el tipo del delincuente. Observe los centenares de fotografías que ilustran el hombre criminal de Lombroso, y convendrá que el delincuente es un animal bajo, degenerado, un débil, que no posee la capacidad necesaria para eludir los paragrafos de la ley, que oponen fuertes obstáculos a su voluntad y a su fuerza."

Y Nietzsche respondía: "El delincuente hereditario es decadente, hasta idiota, — no hay duda! Pero la historia de los delincuentes comunes, para la cual el inglés Galton ("Hereditary genius") ha recogido el más copioso material, conduce siempre a un hombre demasiado fuerte para cierto nivel social. El último gran caso criminal en París, el Caso Prado, ha dado el tipo clásico. Cuanto a dominio de sí mismo, espíritu y seguridad, Prado era superior a sus jueces y también a sus abogados."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

El superhombre, en su sobrehumanidad, que siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermensch" ha escrito: "Quien siente la historia del hombre como su propia historia: quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud, del viejo que añora su juventud, del amante a quien fue arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad; quien representa al hombre que tiene delante y detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado; y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo nunca vió o soñó; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad."

trof del terremoto de Krakatón que hizo perecer en Java doscientas mil personas, el filósofo pessimista permaneció entusiasta y exclama, leyendo los despachos: "¡Qué bello es, doscientos mil seres aniquilados de un golpe! ¡Es magnífico!" Y encarándose en Niza, manifiesta a un amigo su vivo deseo de poder asistir a un maremoto "terrible" que suprima "al menos Niza y su pueblo!" Al amigo que observa que en ese caso serían sus primicias también ellos, le responde: "¡Qué importa! sería tan bello!" En toda la vida de Nietzsche el pesimismo y el pesimismo dominan sobre el hombre, que en su vida íntima es noble y generoso.

Es inútil querer buscar la unidad en su producción, fragmentaria y contradictoria. Veámoslo también respecto de la guerra. La guerra que "es para la civilización lo que es el sueño y el invierno" de los que el hombre sale "más fuerte al bien y al mal", la guerra que es necesaria al Estado "como la esclavitud a la sociedad", "hace estúpido al vencedor y maligno al vencido". Nietzsche exalta la guerra como desborde de energía, pero no es chauvinista. Para él la guerra no es necesaria a ésta o a aquella nación, sino a todas. El no es un alemán. "El espíritu alemán sale de intestinos obstruidos". De estas salidas antialemánas se podrían citar a centenares. Imperialista y cosmopolita, nacionalista y antipatriota, Nietzsche también en este campo es singular.

También se diferencia en su concepción aristocrática. Desde la primera juventud el poeta griego Teófilos de Megara lo había impresionado por el uso que hace de las palabras "bueno" en el sentido de aristocrático, y "malo" en el sentido de plebeyo. Aristocracia, para él, equivale a "élite". "Los obreros deben vivir un día como los actuales burgueses, pero, por encima de ellos, existirá una casta superior que se distinguirá por su carencia de necesidades y será, por tanto, muy pobre, muy simple, pero estará en posesión de la potencia."

Si esta potencia es "doble", ¿por qué "la esclavitud es necesaria a la cultura?" En un escrito de la época de Humano, demasiado humano, Nietzsche ha intentado una crítica del socialismo. He aquí como la resume Orestano: "¡Se erra al apreciar como espectador los sufrimientos y las privaciones de las clases más bajas. La verdad es que los sufrimientos y las privaciones crecen con la cultura, mientras los grados más bajos son los más obtusos; querer mejorar su posición significa querer hacerlos más susceptibles de sufrir."

Si se piensa, no en el bienestar de cada uno, sino en los fines de la humanidad, entonces es muy discutible que en los Estados socialísticamente organizados se "puedan" obtener resultados análogos a los que en los Estados desorganizados del pasado se "han" alcanzado. Tal vez el gran hombre y la gran obra crecen en la libertad salvaje. Y la humanidad no tiene otros fines fuera de los grandes hombres y de las grandes obras."

3º Puesto que muchos trabajos duros y groseros "deben" ser ejecutados, así deben también ser conservadas clases de hombres que se sometan a ellos. Si se introducen en las clases obreras las necesidades y las finezas de las clases superiores, esos trabajos humildes no podrán ya ser ejecutados."

4º No es cierto que los socialistas tengan la justicia de su parte. En un Estado natural la fuerza es la primera ley. Y cuando los socialistas quieren la total destrucción de la sociedad presente, ellos apelan a la fuerza. Solo cuando las necesidades son igualmente fuertes son posibles los tratados a medida de los cuales surge luego la justicia. Los derechos del hombre no existen."

5º Cuando un obrero dice a un rico fabicante: usted no merece su fortuna, tiene razón; pero las consecuencias que saca son falsas; nadie merece su dicha, nadie su desgracia."

6º No es con el cambio de instituciones que se aumenta la felicidad sobre la tierra, sino haciendo desaparecer el temperamento tético, débil, caviloso, bilioso. La posición externa nada agrega, nada quita."

7º Solo en la esfera de la tradición, de la costumbre fija, de la limitación exis-

te el bienestar; los socialistas, en cambio, están aliados con todas las potencias que destruyen la tradición, la costumbre, la limitación; hasta ahora no han demostrado ninguna nueva capacidad constructiva". — (Las ideas fundamentales de F. Nietzsche en su progreso de desarrollo, Palermo, 1903).

"Para que venga la civilización nueva, de la cual tendrá origen el superhombre, es necesario que Europa se resuelva a unirse en una voluntad única por medio de una nueva casta dominante, una voluntad durable, terrible, especial, que por intentos yéda prefijarse una meta; de modo que finalmente la "comedia" que ha durado demasiado, de su división en estados, de la pluralidad de voluntades domésticas y democráticas, pueda de una buena vez cesar. El tiempo de la política pequeña ha pasado; desde ya el próximo año nos promete la lucha por el dominio del mundo; — la "necesidad" de hacer política grande."

El Superhombre, pues, tiene necesidad, para surgir, de una dada forma de civilización. El Super

Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero

(Continuación)

La Internacional fué el primer gran ensayo de reunir los trabajadores organizados de todos los países en una gran Federación, siempre que reconociesen como objetivo de sus aspiraciones la emancipación económica de la clase obrera. Pero puesto que las concepciones y los métodos de las tendencias particulares eran muy distintas, se debió hacer resaltar los puntos de armonía como declaración de principios y además reconocer la autonomía y la actividad independiente de las secciones en particular. Mientras se observó esto, se desarrolló la Internacional con maravillosa fuerza en todos los países. Pero las cosas cambiaron inmediatamente cuando intentaron Marx y Engels llevar las Federaciones nacionales de la Internacional a la actividad parlamentaria. Esto aconteció en la desdichada conferencia de Londres en 1871, donde hicieron ambos adoptar una resolución que concluye con las siguientes palabras:

"En consideración a que el proletariado como clase sólo puede obrar contra el poder colectivo de las clases poseedoras cuando se constituye como partido político especial en oposición a todas las viejas organizaciones partidistas de las clases poseedoras; que esa constitución del proletariado como partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su objetivo — abolición de las clases; que la unión de las fuerzas de los trabajadores, que ha sido lograda ya, por las luchas económicas, también debe servir como palanca para la masa de esa clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La conferencia recorda a los miembros de la Internacional que en la situación de lucha de la clase obrera están indisolublemente ligadas su actuación económica y su actuación política".

Sin una resolución semejante la hubiese aprobado alguna sección o federación de la Internacional, habría estado en su derecho, puesto que no comprometería a nadie más; pero desde el momento que el Consejo General, sin someter el asunto a un congreso general siquiera, aceptó tal resolución obligatoria para todos los miembros de la Internacional, la arbitraria acción, en la contradicción más aguda con el espíritu de la Internacional, debió provocar la resistencia enérgica de todos los elementos revolucionarios y libertarios. Poco después de la conferencia de Londres, en 1871, publicó la Federación del Jura la famosa circular de Souvillier, que protestó con palabras claras y decisivas contra las pretensiones de Marx y Engels.

"No desconocemos — se lee allí — los propósitos del Consejo General. Las personalidades de que se compone, para asegurar la victoria de sus doctrinas particulares, han querido introducir el principio de autoridad en la Internacional. Nos parece completamente comprensible que la escuela, cuyo ideal es la conquista del poder político por la clase obrera, exprese la opinión de que la Internacional, a consecuencia de los últimos acontecimientos, deba modificar su organización originaria y transformarse en una organización jerárquica dirigida por un comité. En nombre de la revolución social que deseamos y cuyo programa es la emancipación de los trabajadores por los trabajadores, exigimos en la Internacional el apoyo de aquel principio de la autonomía de las secciones que fué hasta aquí el fundamento de nuestra asociación".

El famoso congreso de La Haya en 1872, donde se fragó una mayoría gracias a la aplicación de los medios más sucios y repulstos, coronó el trabajo comenzado ya por Marx y Engels en la conferencia de Londres para transformar la Internacional en una máquina electoral. Esto se hizo mediante una resolución especial cuyo texto armoniza, por el con-

tenido, en absoluto por el de la resolución de la conferencia de Londres, y que impuso directamente como un deber a cada sección de la Internacional la conquista del poder político. Para evitar desde el comienzo cualquier malentendido, declaró el blanquista Alfred Vaillant en su fundamentación de la resolución, que "desde el momento que es aprobada por el congreso y que es introducida en la Biblia de la Internacional, todo miembro de la Internacional tiene el deber de seguirla, bajo pena de exclusión".

Así fué provocada por Marx y Engels la escisión franca de la Internacional, con todas sus fatales consecuencias para el ulterior movimiento obrero, y fué inaugurado el período de la política parlamentaria en el movimiento, que debía llevar por necesidad natural a aquel empantanamiento espiritual y a aquella degeneración moral del socialismo que se produjo más y más claramente en los últimos veinte años y cuyos resultados trata de combatir hoy Lenin (1) en nombre del marxismo.

Poco después del congreso de La Haya se reunieron las Federaciones más importantes y enérgicas de la Internacional en el congreso antiautoritario de Saint-Imier, que declaró nulas y no acontecidas todas las resoluciones adoptadas en La Haya y expresó la convicción de sus miembros en la siguiente resolución:

"Considerando:

que querer imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme, como la vía única que puede conducirle a la emancipación social, es una pretensión tan absurda como reaccionaria;

que nadie tiene el derecho a privar a las federaciones y secciones autónomas del derecho incontestable de determinar por sí mismas y seguir la línea de conducta política que crean más conveniente, y que toda tentativa semejante nos conduciría fatalmente al más repulsivo dogmatismo;

que las aspiraciones del proletariado no pueden tener otro objeto que el establecimiento de una organización y de una federación económica absolutamente libres, fundadas sobre el trabajo y la igualdad de todos y absolutamente independientes de todo gobierno político, y que esa organización y esa federación no pueden ser más que el resultado de la acción espontánea del proletariado mismo; de los cuerpos de oficio y de las comunas autónomas;

Considerando que toda organización política no puede ser nada más que la organización de la dominación en provecho de una clase y en detrimento de las masas, y que el proletariado, si quisiese posesionarse del poder, se convertiría él mismo en una clase dominadora y explotadora;

el congreso reunido en Saint-Imier declara:

RUDOLF ROCKER
(Concluirá)

(1) *Téngase en cuenta que al escribir esto, en 1919, Rocker señalaba el período de la gran difusión del folleto de Lenin "El Estado y la revolución proletaria", donde el dictador ruso tratada de combatir la democracia valiéndose de muchos argumentos del anarquismo.*

(N. de Redacción)

Propaganda revolucionaria

Una nación, repetirán los doctrinantes, que resurge sin un concepto político preciso, recae en la esclavitud. De acuerdo en esto. Pero este concepto político no se forma, no se hace popular con los libros sino con los hechos; las fallidas revoluciones del 48 son las que han inducido a los italianos a no tener fe en los principios de casta, la cual tiene intereses enteramente apartados del pueblo; y como los que demostraban esta verdad en el 48 no eran escuchados, pero sí maldichos, así, en una nueva revolución quedarán burlados los que quisieran rehacer el 48. El pueblo progresa en sus ideas, pero sólo los hechos lo llevan de un concepto a otro.

Si de los libros dependiese el progreso de una nación, los escritores serían los árbitros de la suerte de la humanidad. En cambio son los hombres de acción los que imperan; y todos los usurpadores, desde César a Bonaparte, han encontrado siempre un grandísimo apoyo en la conciencia nacional, de la que casi podrían llamarse los representantes, según los medios más o menos violentos, más o menos injustos de que se han valido para lograr su fin. ¿Qué escritor de buena fe, puede afirmar que la plebe, la que no sabe leer, se educa con los libros? No hablamos de los que bajo el despotismo pretenden que el pueblo se eduque con libertad para poder ser digno más tarde; es como si dijéramos a un hombre atado: antes de desatarte es menester que aprendas a correr; ni hablamos de los que viendo un pueblo corrompido, pretenden moralizarlo, no arrancando todo germen de corrupción, sino proponiendo un gobierno fundado, precisamente, sobre un sistema corruptor; pero sí de los que creen posible que a fuerza de escritos se propague la idea revolucionaria.

La plebe no está dotada de aquella heroica cualidad que algunos le atribuyen; a menudo la plebe, extraviada por los prejuicios y con la mente angustiada por la ignorancia, fluctúa entre la temeridad y la abyección. Agujoneada por las necesidades materiales, su mente no puede elevarse a pensamientos sublimes. Pero si tras la multitud se logra apoyar el intelecto sobre las cuestiones políticas que agitan al país, casi por instinto razona con mayor exactitud que el mejor de los escritores. Pues todas las impresiones que el mundo oficial, o que el actual orden social produce, sobre las otras clases de la sociedad, no tienen fuerza, como no tienen predominio sobre el hombre del pueblo. Este está excitado por el mal; razonando reconoce sin fatiga dónde está el bien. Mas aquellos que no sienten la necesidad de mejorarse, y antes bien temen que una sacudida imprevista los arroje fuera del nido donde medran, al menos, por inercia, gustan razonar del porvenir; aunque quisieran alcanzarlo plácidamente, sin arriesgar por él el apacible presente: de aquí el innumerable conjunto de conservadores, de los *héros de poltrona*, estigmatizados por Glusti.

Todos los esfuerzos para adelantar la renovación de un pueblo deben consistir en desarrollar y hacer popular la idea, adaptándola a su inteligencia, y llevándoles aquellas consecuencias que deben conducir a una utilidad material inmediata, donde hay siempre mayor incentivo a las pasiones, que deben, ciertamente, existir en el pueblo.

El revolucionario debe ser apóstol y conspirador.

"La gran pasión; escribe Beccaria, es una impresión constante de nuestra sensibilidad, enteramente dirigida a un mismo objeto; es un anhelo de obtener o de huir de alguna cosa que siempre se reproduce y en cada circunstancia se vuelve a manifestar en nuestra mente." Por este motivo, para que un deseo se transforme en pasión, es menester estar privado de la cosa deseada y tener percepción de ella al mismo tiempo, lo que veremos verificarse en la plebe si la hacemos reflexionar sobre su estado. La privación es la miseria en que gime; una vida más cómoda es la cosa perel-

bida y deseada; y así como la privación de lo necesario es continua, continuo es el dolor y el anhelo del bienestar, reduciéndose por consiguiente en cada instante de su vida; las pasiones existen, no resta nada más que aprovecharlas incitándolas y dirigiéndolas hacia un justo fin. La imposibilidad de conquistar el deseado bienestar lo anula, la falta de un objeto determinado lo desvía del sendero recto; y por esto, el pueblo, adormeciéndose en los defectos, se resigna, o bien, con la fuerza y con el fraude, intenta arrebatarse a los otros lo que él ansía, y buscando la comodidad es impulsado por ignorancia al patíbulo. Sacudamos, pues, a los adormecidos, y a los desviados mostrémosle el camino. Si el despolismo promete, como premio de sus resignaciones, los bienes celestes, el revolucionario, con la espada de la venganza y la balanza de la justicia deberá prometer bienes terrenos e inmediatos, indicando el modo de conquistarlos. Exploremos cada plaga social, llamemos sobre ella la atención pública y señalemos un solo medio como remedio: la conquista de la patria, no de un pomposo nombre, ni de vanos derechos, sino la conquista del suelo de la nación y de cuantos productos existen. En las reuniones, en las plazas, cada uno sea un Sócrates; en la banquilla del zapatero, en el banco del carpintero, asóñese a interrogar a las mentes toscas y condúzcalas paso a paso hacia el descubrimiento de la verdad. Yo soy igual a mi madre, decía Sócrates, hijo de una partera; no creo nada pero ayudo a los demás a producir. Es este el único medio de esclarecer, en parte, la mente del pueblo, de educarlo, y no el de tenerlo por fuerza en las escuelas o publicar libros que no lee. Mas si siquiera este mismo medio de propaganda vulgar, es conveniente a su inteligencia, y aunque sus argumentos son los de más urgente necesidad, no son suficientes para conseguir el fin deseado. La plebe no se deja vencer más que por los hechos, pero la propaganda de que hablamos elabora, entre un número considerable de jóvenes, el conocimiento de los derechos que a cada hombre acuerda la naturaleza; estos jóvenes, apenas el pueblo, bajo el látigo del dolor, se precipita en el motín y, dudoso, no sabe dónde dirigir los ataques, ni cómo fluminar sus anhelos, se hacen todos oradores de circunstancias y con muy poco trabajo le enseñan lo que en un siglo de calma y con muchos volúmenes no hubieran jamás aprendido de los doctrinantes. No se exige en estos oradores profunda doctrina, sino una fuerza de carácter capaz de impedirles retroceder ante las consecuencias ignotas de los principios por ellos defendidos; Guay de ellos si se uniesen con el despreciable hato de los llamados moderados; si hiciesen gestos de revolucionarios, de reformadores, de amigos del pueblo, es porque quisieran sostener algunas inmundidades que les harían llevar las arcas y satisfacer así su baja y servil vanidad. El revolucionario de buena fe adelanta su mirada sobre la multitud y no mira más que el triunfo de la verdadera democracia. Descender a la mínima transacción sería renegar de la revolución; así como el menudo polvo que el torbellino levanta se apoya sobre la corona del rey y sobre las excelsas torres o bien cae bajo los pies de los transeúntes, así la plebe conquistada plenamente sus derechos o se vuelve muchedumbre de viles siervos, ridiculizada con nombres pomposos. Si no intentase el triunfo de una secta o de una clase de ciudadanos, el término medio, cualquiera que sea, truncaría el nervio de la revolución y la martiría.

Carlos PISACANE

